

# **Ceguera espiritual: cuando oímos pero no entendemos //**

## **Carlos Reich**

### **La ceguera y la sordera espiritual en medio de la fe**

La ceguera espiritual no tiene que ver con falta de años en la iglesia, sino con falta de entendimiento. Una persona puede llevar mucho tiempo asistiendo a cultos, participando en actividades y formando parte de una comunidad cristiana, y aun así no comprender cosas básicas del reino de Dios. Es una situación comparable a la sordera espiritual: se oye, pero no se entiende; se ve, pero no se percibe.

Esto resulta preocupante porque el crecimiento espiritual debería acompañar el paso del tiempo. Así como un niño madura y deja de hablar como niño, también el creyente está llamado a desarrollarse en discernimiento y profundidad. Sin embargo, hay quienes permanecen en un estado de inmadurez constante, sin avanzar en su comprensión de las cosas espirituales.

### **El principio espiritual de recibir más o perder lo poco**

El Señor enseñó que al que tiene se le dará más, pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Esta afirmación puede parecer dura al principio, pero se entiende mejor a la luz de la parábola del sembrador. La semilla es la palabra de Dios, y el terreno representa el corazón humano.

Solo la semilla que cae en buena tierra da fruto. La diferencia no está en la calidad de la semilla, sino en la

disposición del corazón. Cuando alguien oye la palabra y no la entiende, el malo viene y arrebató lo que fue sembrado. No se trata de un robo con violencia, sino de un descuido. Si la semilla no se profundiza, queda expuesta.

Aquí aparece una advertencia clara: el descuido espiritual abre la puerta a la pérdida. No porque Dios quiera quitar, sino porque el corazón no protege ni valora lo recibido.

## **Jesús y la disposición del corazón**

Jesús hablaba en parábolas a las multitudes, pero luego explicaba en profundidad a quienes se acercaban con interés. No excluía a nadie. Dios no hace acepción de personas. La diferencia no estaba en favoritismos, sino en el hambre espiritual.

Algunos escuchaban y se marchaban sin preguntar. Otros, como los discípulos, se acercaban y decían: “Explícanos”. Esa actitud marcaba la diferencia. Buscar, preguntar y profundizar revela dónde está el corazón.

Muchos participan en reuniones, cantan y escuchan, pero durante la semana no buscan ni oran para entender lo que no comprendieron. En cambio, aquellos que aman la palabra y desean respuestas encuentran revelación. El Señor promete que quien busca de todo corazón, halla.

## **El peligro de conformarse**

Todos hemos recibido la gracia de Dios, sus dones y la salvación. Pero no todos desarrollan lo que han recibido. Algunos se conforman con saber que han sido perdonados y nada más. Sin embargo, quedarse estancado puede ser peligroso.

La salvación no es un asunto superficial. La Escritura advierte que el que persevere hasta el fin será salvo y que debemos ocuparnos de nuestra salvación con temor y temblor.

Existe el riesgo real de perder el gozo, el servicio y la pasión, e incluso apartarse completamente, cuando el descuido se vuelve constante.

El proceso suele ser gradual: se deja la comunión, se enfría la oración, se abandona el congregarse activamente. No se trata solo de asistir físicamente, sino de participar, servir y ser parte viva del cuerpo de Cristo.

## **El corazón engrosado y la pérdida de sensibilidad**

El Señor habló de un pueblo que tiene ojos pero no ve, oídos pero no oye, porque su corazón se ha engrosado. Un corazón engrosado es uno que ha perdido sensibilidad. Puede estar rodeado de bienes, ocupaciones y prioridades materiales que desplazan lo espiritual.

La abundancia, lejos de ser una bendición mal entendida, puede convertirse en un obstáculo cuando reemplaza la pasión inicial. Muchos recuerdan cómo servían al Señor con mayor entrega cuando tenían menos recursos. Con el tiempo, los bienes y las responsabilidades pueden ocupar el lugar central, y el reino de Dios pasa a segundo plano.

Buscar primero las añadiduras y luego, si queda tiempo, buscar al Señor, produce una inversión peligrosa de prioridades. El llamado es claro: volver al primer amor y a las primeras obras.

## **Bienaventurados los que buscan**

Jesús declaró bienaventurados a aquellos que pueden ver y oír. La bienaventuranza habla de plenitud, satisfacción y realización. Los que priorizan el reino de los cielos y su justicia experimentan esa plenitud.

Muchos en tiempos pasados anhelaron ver lo que hoy se puede vivir, pero no lo vieron. En medio de tiempos complejos y convulsos, sigue siendo un privilegio poder acercarse a Dios, escuchar su voz y entender su palabra.

La clave está en la actitud: preguntar, clamar, reconocer que no se sabe todo y buscar respuestas sinceramente. Dios desea que le preguntemos. Él responde al corazón receptivo.

## **Tradición, hipocresía y ceguera**

Jesús confrontó a quienes honraban a Dios con los labios pero tenían el corazón lejos. La tradición religiosa puede sustituir la obediencia genuina. Se puede aparentar consagración mientras se descuidan los mandamientos esenciales.

Cuando la palabra confronta, hay dos posibles reacciones: arrepentimiento u ofensa. Los fariseos se ofendieron porque sus estructuras fueron desafiadas. Jesús los llamó ciegos guías de ciegos. Y advirtió que si un ciego guía a otro, ambos caerán en el hoyo.

La ceguera espiritual no solo afecta a quien la padece, sino también a quienes lo siguen.

## **Liderazgo, responsabilidad y autocrítica**

En el ámbito de la iglesia, tanto líderes como congregantes deben examinar su corazón. Si hay pérdida progresiva, enfriamiento o estancamiento, la reacción correcta no es culpar a otros, sino ponerse delante del Señor y preguntar: "¿Qué estoy haciendo mal?"

No se puede avanzar colocándose detrás de alguien que está detenido o sin visión. Tampoco se puede priorizar lo material

por encima del reino sin consecuencias espirituales. La responsabilidad personal es clave para evitar la ceguera.

## **El pecado y sus efectos en la visión espiritual**

El pecado, propio o heredado, puede producir ceguera espiritual. La Escritura habla de consecuencias que alcanzan generaciones. El pecado separa de Dios y oscurece el entendimiento.

La buena noticia es que así como existe la ceguera, también existe la sanidad. La liberación y la salvación implican restauración de la vista espiritual. La historia de Bartimeo es un ejemplo poderoso: clamó con insistencia, no se dejó silenciar y expresó su fe públicamente.

Quitarse la capa, en su caso, simbolizó romper con su identidad pasada. La fe genuina lo llevó a recibir la vista.

## **Fe sincera y dependencia de Dios**

A veces el problema no es la ausencia total de fe, sino una fe superficial o mezclada con incredulidad. El padre que pidió ayuda por su hijo reconoció su propia debilidad y clamó por ayuda para su incredulidad.

La honestidad delante de Dios es fundamental. Admitir la necesidad es el primer paso hacia la sanidad espiritual. La ceguera y la sordera pueden ser vencidas cuando hay sinceridad y dependencia total del Señor.

## **Influencias externas y presión social**

La ceguera espiritual también puede estar alimentada por

influencias externas. La presión social, familiar o cultural puede llevar a priorizar agradar a los hombres antes que a Dios.

En algunos contextos, como en ambientes universitarios, muchos jóvenes experimentan una fuerte presión ideológica. Sin embargo, en lugar de abandonar su fe, están llamados a afirmarse y ser luz. Cuando se fortalecen en oración y comunión, la presión puede invertirse y convertirse en oportunidad de testimonio.

## **Un llamado urgente a despertar**

La ceguera espiritual no aparece de un día para otro; es el resultado de descuidos acumulados, prioridades invertidas y falta de búsqueda sincera. Pero también puede ser revertida.

El llamado es a volver al primer amor, a buscar con todo el corazón, a preguntar, a profundizar y a no conformarse con lo básico. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos verán, oirán y entenderán.

La decisión está en cada corazón: permanecer en una fe pasiva o despertar a una relación activa, sensible y apasionada con Dios.